

que le pidan, como los hombres, porque no es como ellos, que se empobrecen cuando dan; porque todo aquello que el hombre da á otro, eso le queda menos á él, y como va dando, va quitando de sí, y como va enriqueciendo á quien da, se va empobreciendo á sí: y por eso los hombres se enfadan cuando les piden, y si una vez ó dos dan de gana, á la tercera se cansan y no dan, ó dan de manera que no les pidan mas; pero Dios, como dice el apóstol san Pablo, ad Rom. c. x: *Est dives in omnes, qui invocant illum*: Es infinitamente rico; y como no se empobrece en dar, no se enfada ni cansa en que le pidan, aunque á cada punto y todo el mundo le pida; porque es rico para todos y para enriquecer á todos, sin dejar de ser tan rico como antes; y como su riqueza es infinita, así su misericordia es infinita para remediar las necesidades de todos, y desea que le pidamos y que acudamos á él muy á menudo. Pues razon será que reconocamos y agradezcamos tan gran merced y beneficio, y que nos aprovechemos de tan provechosa licencia, procurando de ser muy continuos en la oracion; porque, como dice san Agustin sobre aquellas palabras: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, et misericordiam suam à me*, Psalm. LXV, tened por cierto, que si el Señor no aparta la oracion de vos, que tampoco apartará su misericordia de vos. Pues para que el Señor no

aparte su misericordia de nosotros, procuremos nosotros nunca dejar ni apartar de nosotros la oracion.

CAPÍTULO IV.

De dos maneras de oracion mental.

Dejada aparte la oracion vocal, tan santa y tan usada en la Iglesia de Dios, ahora solamente trataremos de la mental, de que habla el apóstol san Pablo, escribiendo á los de Corinto: *Orabo spiritu, orabo et mente; psallam spiritu, psallam et mente*. I ad Cor. c. xiv. Oraré, cantaré y clamaré á Dios con el espíritu y con el corazón. Dos maneras hay de oracion mental: una es comun y llana, otra es especialísima, extraordinaria y aventajada, la cual se recibe mas que se hace, como decian aquellos Santos antiguos muy ejercitados en oracion. Y san Dionisio Areopagita, en el cap. 2 de *Divin. Nominib.*, dice de su maestro Hieroteo, que *erat patiens divina*: quiere decir, que mas recibia lo que Dios le daba, que hacia. Entre estas dos maneras de oracion hay muy gran diferencia: porque la primera puede enseñar en alguna manera acá con palabras; pero la segunda no la podemos nosotros enseñar, porque no se puede declarar con palabras: *Quia nemo scit, nisi qui accipit*. Apoc. II. Es un maná escondido, que nadie sabe lo que es, sino el que lo gusta; y aun eso mismo

no puede declarar cómo es, ni aun él propio entiende cómo es aquello, como lo notó muy bien Casiano (1); y trae á este propósito una sentencia del bienaventurado san Antonio Abad, que llama él divina y celestial: *Divina, caelestis, et plusquam humana sententia. Non est perfecta oratio, in qua se Monachus, vel hoc ipsum, quod orat, intelligit*: No es perfecta oracion, decia el Santo, cuando se acuerda de sí ó entiende lo que ora. Esta alta y encumbrada oracion no da lugar á que el que ora se acuerde de sí, ni haga reflexion en lo que está haciendo, ó por mejor decir, padeciendo mas que haciendo, como acontece acá muchas veces, que está un hombre tan absorto y embebecido en un negocio, que no se acuerda de sí, ni dónde está, ni hace reflexion sobre lo que piensa, ni advierte cómo lo piensa. Pues así en esta perfecta oracion está el hombre tan absorto y embebecido en Dios, que no se acuerda de sí, ni entiende cómo es aquello, ni por dónde va ni por dónde viene; ni tiene entonces cuenta con trazas, ni con preámbulos, ni con puntos, ni con ahora viene esto, ahora viene esotro, como le acontecia al mismo san Antonio, y lo trae Casiano, que se ponía en oracion por la tarde, y se estaba en ella hasta que el sol al otro dia por la mañana le daba en los ojos, y se quejaba del sol, porque madrugaba

ba tanto á quitarle la luz que Nuestro Señor interiormente le daba. Y san Bernardo dice de esta oracion (1): *Rara hora, et parva mora*: Rara es esa hora, y breve es siempre el tiempo que en ella se gasta; porque por largo que sea, se hace un soplo. Y san Agustin, sintiendo en sí esta oracion, decia: *Introducis me in affectum nimis inusitatum; at nescio quam dulcedinem, quae si perficitur in me, ignoro quid futurum sit*. Lib. 10 Conf. c. 40. Habeisme dado, Señor, un afecto, y una dulzura y suavidad tan nueva y tan desusada, que si esto va adelante, no sé en qué ha de parar; y aun en esta misma especialísima oracion y contemplacion pone san Bernardo tres grados (2). El primero compara al comer; el segundo al beber, que se hace con mas facilidad y suavidad que el comer, porque no hay el trabajo de mascar; el tercero es embriagarse; y trae para esto aquello que dice el esposo en el cap. v de los Cantares: *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi*. Lo primero, dice, comed; lo segundo, bebed; lo tercero, embriagaos de este amor: eso es lo mas perfectó: todo esto es recibir mas que hacer. Unas veces saca el hortelano el agua á fuerza de brazos de su pozo: otras, estándose él mano sobre mano, viene la lluvia del cielo, que empapa la tierra, y no tiene que hacer el hor-

(1) Cassianus, collat. 9 Abbat. Isaac, cap. 31.

(1) Bernard. serm. in Domin. infra octav. Epiphan.

(2) Bernard. serm. 52 ex parvis.

telano mas que recibirla ó enderezarla á los piés de los árboles para que fructifiquen; así son estas dos maneras de oracion, que la una se busca con industria, ayudada de Dios, y la otra se halla hecha. Por la primera andais vos trabajando y mendigando, y comiendo de esta mendiguez; la segunda os pone una mesa llena, que Dios os tiene preparada para hartar vuestra hambre, mesa rica y abundante. *Introduxit me Rex in cellaria sua*, Cant. I, que decia la esposa. *Et lætificabo eos in domo orationis meæ*, que dice Isaías, cap. LVI: Alegraros, y regalaros he en la casa de mi oracion.

Esta oracion es un don particularísimo de Dios, que da él á quien es servido: unas veces en pago de los servicios que le han hecho, y de lo mucho que uno se ha mortificado y padecido por su amor: otras sin tener cuenta con méritos precedentes; porque es gracia liberalísima suya, y comunicala él á quien quiere, conforme á aquello del Evangelio: *Non licet mihi, quod volo facere?* Matth. xx. ¿Por ventura no puedo yo hacer lo que quisiere de mi hacienda? Al fin no es cosa esta que podamos nosotros enseñar; y así son reprendidos y aun prohibidos algunos autores por haber querido enseñar lo que no se puede aprender ni enseñar, y poner en arte lo que es sobre todo arte, como si infaliblemente hubiera de sacar á uno contemplativo; lo cual reprende

muy bien Gerson en un libro que hizo contra Rusbroquio, con estas palabras: Quitaste la flor de su raíz: así como la flor cortada de su raíz y puesta en la mano se marchita luego y pierde su hermosura; así son estas cosas que comunica Dios al alma íntimamente en esta alta y encumbrada oracion, que en queriéndolas sacar de su lugar, y declarar y comunicar á otros, pierden su lustre y resplendor; y eso hacen los que quieren declarar y enseñar lo que no se puede declarar, ni aun entender. Aquellas anagogias, aquellas transformaciones del alma, aquel silencio, aquel aniquilarse, aquel unirse sin medios, aquel hondo de Taulero; ¿de qué sirve decir esas cosas que, si vos las entendeis, yo no las entiendo, ni sé lo que quereis decir? Antes dicen aquí, y muy bien, que esta diferencia hay de esta divina ciencia á las demás: que en las demás ciencias antes de alcanzarlas es menester entender primero los términos; pero en esta no entenderéis los términos hasta haberla alcanzado: en las demás precede la teórica á la práctica; pero en esta ha de preceder la práctica á la teórica.

Y mas digo, que no solamente no se puede declarar esta oracion ni enseñar á otros; pero ni vos mismo os habeis de querer poner en ella, ni levantaros á ella, si Dios no os levanta, y os pone y sube á ella; porque seria gran soberbia y presuncion, y mereceriais per-

der la oracion que teneis, y quedaros sin nada. *Introduxit me in cellam vinariam*, dice la esposa en los Cantares, cap. II. Aquel entrar Dios al alma en su retrete para tratar mas familiarmente con ella, y en la bodega del vino para hartarla y embriagarla de su amor, es don particularísimo del Señor: no se entró la esposa, no, sino el esposo la tomó por la mano, y la entró allá. Aquel levantaros al ósculo de la boca no es cosa que vos podeis ni debeis hacer, si él no os levanta, que seria grande atrevimiento: y así no se atreve á eso la esposa; que mas vergonzosa y mas humilde es que eso; sino pide al esposo que él le dé á ella ese ósculo: *Osculetur me osculo oris sui*, Cant. I; como si dijera, dice san Bernardo, *serm. 12 ex parvis*: Yo no puedo por mis fuerzas llegar á ese amor y á esa union y contemplacion tan alta, sino que él me la dé á mí: él por su bondad y graciosa liberalidad nos ha de levantar á ese ósculo de la boca, á esa altísima oracion y contemplacion, si él fuere servido que la tengamos: no es esa cosa que nosotros podemos enseñar, ni en que nosotros nos podemos ni debemos poner.

CAPÍTULO V.

Cómo la sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oracion.

Estas dos maneras de oracion que habemos dicho nos declara maravillosamente el Espíritu Santo en el cap. XXXIX del Eclesiástico: dice allí del varon sábio, que interpreta la Iglesia el justo: *Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur*. Pone primero la oracion ordinaria: Levantarse ha de mañana, que es tiempo acomodado para la oracion, y célebre en la Escritura: *Mane astabo tibi*. Psalm. V. *Præveni in maturitate, et clamavi*. Psalm. CXV. *Prævenereunt oculi mei ad te diluculo, ut meditarer eloquia tua*. Psalm. CXVIII. *Ad te de luce vigilo*. Psalm. LXII. Dice: *Ad vigilandum*; porque ha de estar alerta, no adormirse y hacer almohadilla en la oracion. ¿Qué mas? *Cor suum tradet*: Entrega su corazon á la oracion, no está allí solamente con el cuerpo, y el corazon en el negocio, lo que llaman los Santos, *cordis somnolentia*: un corazon desmadejado y flojo es grande impedimento para la oracion; porque este impide la reverencia que se debe tener para tratar con Dios: y ¿qué es lo que causa esta reverencia en el justo? *Ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur*:

El considerar que estoy en la presencia de Dios, y que voy á hablar con aquella tan grande Majestad: eso hace estar con reverencia y atencion. Esta es la preparacion y disposicion con que habemos de ir á la oracion; pero veamos qué oracion es la que hace el justo. *Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur*: Abrirá su boca en la oracion, y comenzará pidiendo á Dios perdon de sus pecados, y confundiéndose y arrepintiéndose de ellos. Esa es la oracion que nosotros habemos de hacer de nuestra parte, llorar nuestras culpas y pecados, y pedir á Dios misericordia y perdon de ellos. No nos habemos de contentar con decir: Ya hice una confesion general al principio de mi conversion, y entonces me detuve algunos dias en llorar y arrepentirme de mis pecados: no es razon que en confesando nos olvidemos de los pecados, sino que procuremos traerlos siempre delante de los ojos, conforme á aquello del Profeta: *Et peccatum meum contra me est semper; id est, coram me.* Psalm. L. Dice muy bien san Bernardo en el sermon 46 sobre aquellas palabras, *Lectulus noster floridus*, Cant. 1: Nuestro lecho, que es vuestro corazon, aun está todavía hediondo, que no se ha acabado de quitar el mal olor de los vicios y resabios que trajisteis del mundo; ¿y teneis atrevimiento para convidar al Esposo á que venga á él, y quereis ya tratar de otros

(1) Tractat. 8, cap. 21; et part. 2, tractat. 7, cap. 6.

ejercicios altos y levantados de amor y union con Dios, como si fuérais perfecto? Tratad primero de limpiar y lavar muy bien vuestro lecho con lágrimas: *Lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo*, Psalm. VI, y de adornarle con las flores de las virtudes, y con eso convidaréis al Esposo á que venga á él, como lo hacia la esposa. Tratad del ósculo de los piés, humillándoos y doliéndoos mucho de vuestros pecados, y del ósculo de las manos, que es de ofrecer á Dios vuestras buenas obras, y procurad recibir de sus manos las verdaderas y sólidas virtudes; y es otro tercer ósculo de la boca, esa union altísima, dejadla para cuando el Señor sea servido de levantaros á ella. De un Padre muy antiguo y muy espiritual se dice que se estuvo veinte años en estos ejercicios de la vida purgativa; y nosotros luego nos cansamos, y nos queremos subir al ósculo de la boca, y á ejercicios de amor de Dios. Es menester buen fundamento para levantar tan alto edificio; y hay en este ejercicio, fuera de otros muchos bienes y provechos, de que diremos despues (1), que es un remedio muy grande, y una medicina muy preservativa para no caer en pecado; porque el que anda continuamente aborreciendo al pecado, y confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios,

muy léjos está de cometerle de nuevo. Y por el contrario, advierten los Santos, que la causa de haber caido algunos, que parecian muy espirituales y hombres de oracion, y por ventura lo eran, ha sido por falta de ese ejercicio; porque se dieron de tal manera á otros ejercicios, y consideraciones suaves y gustosas, que se olvidaron del ejercicio de su propio conocimiento, y de la consideracion de sus pecados, y así vinieron á asegurarse demasiado de sí mismos, y á no andar tan temerosos y recatados como debieran, y con eso vinieron á caer en lo que no debieran; porque se olvidaron presto de su bajeza, y cayeron de la altura que parecia que tenian. Pues por esto conviene que nuestra oracion por mucho tiempo sea llorar nuestros pecados, como dice el Sábio, hasta que el Señor nos dé la mano, y nos diga: *Amice, ascende superius.* Luc. XIV.

Ahora veamos cuál es la oracion alta y especialísima, que el Señor da cuando él es servido: dice luego: *Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum.* Eccli. XXXVI. Si él quisiere (porque no es este juro de heredad, sino gracia muy liberal y muy graciosa): estaréis en la oracion, y acaece venir una luz del cielo, un relámpago, con que caeis en la cuenta, y cobrais aprecio y estima de lo que antes no entendíais: ese es el don de oracion. ¿Cuántas veces habíais pasado por eso; y

no habíais reparado en ello como ahora? Llámase espíritu de inteligencia, porque no parece sino una aprehension simple, segun está el hombre de quieto y sosegado con aquella luz. Acontece acá encontrarse uno con una imágen muy perfecta y muy acabada, y estársele mirando un gran rato, sin pestañear y sin discurrir, con un contento, y con una suspension y admiracion grande, que no se harta de mirarla; de esa manera es esta oracion, y contemplacion alta y levantada; ó por mejor decir, es al modo de la que tienen los bienaventurados, viendo á Dios. La bienaventuranza consiste en la vista y contemplacion de Dios (1); y estaremos allí absortos y embebecidos, viendo y amando á Dios para siempre jamás, con una simple vista de aquella majestad de Dios, gozando de su presencia y de su gloria, sin discurrir ni cansarnos jamás de estarle mirando; antes siempre se nos hará nuevo aquel cantar y aquel divino maná, y estaremos como con una nueva admiracion. Pues á ese modo se tiene acá esta alta y perfecta oracion, y la que llaman contemplacion, cuando el Señor es servido de darla, que nunca se harta uno de estarse mirando y contemplando á Dios, sin discurrir ni cansarse, sino con una simple vista; y dice: *Replebit illum*; porque es tan abundante y tan copiosa esta gracia, que rebosa y no

(1) Apoc. XIV.

cabe en vaso tan estrecho: y añade luego lo que de aquí se sigue: *Et ipse, tamquam imbres, mittet eloquia sapientie suae, et in oratione confitebitur Domino.* De aquí vienen luego los coloquios; este es el tiempo propio para hablar con Dios, cuando el alma está movida, enseñada y levantada con aquella luz y sabiduría celestial. Y así nuestro Padre en este tiempo dice (1), que se han de hacer los coloquios: *Occurrente nobis spirituali motu, ad colloquia veniamus.* Nótese mucho aquella palabra: Despues que nosotros nos habemos ayudado del discurso de nuestras potencias, meditando y considerando; cuando la meditacion ha inflamado ya el corazon, y nos sentimos movidos para ello, entonces es el tiempo de los coloquios y trato familiar con Dios, y de las peticiones y despachos; porque la oracion que sale del corazon, ya tocado de Dios, esa es la que oye él, y la que halla buen despacho con su Majestad; porque, como dice san Agustin (2), cuando Dios mueve á pedirle, es señal que quiere dar lo que se pide. Esta es la oracion especialísima que Dios da á quien es servido: *Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum.* Si el Señor, que es grande y poderoso, quisiere, fácilmente podemos tener esa oracion alta y aventajada.

(1) S. Ignat. lib. exerc. spir. in repet. 1 et 2 exercitii primæ hebdom.

(2) Aug. lib. de verb. Dom. serm. 5 et 29.

Pero si el Señor no fuere servido de levantarnos á tan alta oracion como esa, dice san Bernardo que no por eso nos habemos de afligir ni desmayar, sino habémosnos de contentar con el ejercicio de las virtudes, y con que nos conserve el Señor en su amistad y gracia, y no nos deje caer en pecado (1): *Utinam detur mihi pax, bonitas, gaudium in Spiritu Sancto, miseri in hilaritate, tribuere in simplicitate, gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus; et his contentus ero.* Ojalá, dice, sea el Señor servido de darme paz, bondad, gozo en el Espíritu Santo, misericordia, simplicidad y caridad con los prójimos; que con esto me contentaré: *Cetera sanctis Apostolis, virisque Apostolicis derelinquo.* Esas otras contemplaciones altas quédense en buena hora para los Apóstoles y para los grandes Santos. *Montes excelsi cervis, petra refugium herinacis.* Psalm. ciii. Esos montes altos de contemplacion sean para aquellos que con ligereza de ciervos y de gamos corren á la perfeccion: yo que soy erizo lleno de espinas, de faltas y pecados, acogeréme á los agujeros de aquella piedra, que es Cristo, para esconderme en sus llagas, y lavar mis culpas y pecados con la sangre que sale de ellas; y esa será mi oracion. Pues si el glorioso san Bernardo se contenta con el ejercicio de las virtudes, y dolor y contricion de los pecados, y de-

(1) Bernard. serm. 46 sup. Cant.

ja esa otra oracion especialísima para los varones apostólicos, y para los grandes Santos, á quienes el Señor se la quisiere comunicar; razon será que nosotros tambien nos contentemos con esto, y que ese sea nuestro ejercicio, en la oracion dolernos y confundirnos de nuestros pecados, y atender á mortificar nuestras pasiones, y á desarraigar los vicios y malas inclinaciones, y á vencer todas las repugnancias y dificultades que se nos pueden ofrecer en el camino de la virtud; y esa otra oracion especialísima y aventajada dejémosla para cuando el Señor fuere servido de llevarnos y levantarnos á ella; y aun entonces, cuando nos parece que somos llamados á eso, es menester estar muy recatados y muy sobre aviso, porque suele haber en esto muchos engaños. Algunas veces piensa uno que llama Dios á esa oracion por no sé qué dulzura y suavidad, ó facilidad que siente en el ejercicio del amor de Dios; y no le llama, sino que él se sube y entremete, porque le engaña el demonio, y le ciega para que deje lo que ha menester, y no haga nada, ni aproveche en uno ni en otro. Dice muy bien un gran maestro de espíritu (1): Así como sería poca cordura, que indiscretamente se sentase á la mesa del rey, sin su mandamiento y licencia, aquel á quien el mismo rey le hubiese encomendado que asistiese á ella y le sirviese; así ha-

(1) Ludovic. Blos. in spec. spir. cap. 11.

ce muy mal y descomedidamente aquel que se quiere entregar del todo al ocio dulce de la contemplacion, no siendo con evidencia llamado del mismo Dios para ello. Y san Buenaventura da en esto un consejo muy bueno (1): dice, que se ejercite uno en lo que es seguro y provechoso, que es en extirpar de sí los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes; porque este es un camino muy llano y muy seguro, en el cual no puede haber engaño, sino que mientras mas tratare uno de la mortificacion, humillacion y resignacion, mas agrada á Dios, y mas merecerá delante de él: y en esos otros modos exquisitos y extraordinarios, dice san Buenaventura, suele haber muchos engaños y muchas ilusiones del demonio; porque muchas veces piensa uno que es de Dios lo que no es de Dios, y que es mucho lo que es nada: y así esto se ha de examinar por aquello, y no aquello por esto; la cual es comun doctrina de los Santos, como luego veremos.

(1) S. Bonaventur. de progr. Religion. cap. 20.

CAPÍTULO VI.

En que se declara y confirma mas esta doctrina.

Para mayor confirmacion y declaracion de esta doctrina, advierten aquí los Santos y maestros de la vida espiritual (1), que para venir á aquella oracion y contemplacion alta que decíamos, es menester mucha mortificacion de nuestras pasiones, y fundarse uno primero muy bien en las virtudes morales, y ejercitarse mucho tiempo en ellas; y sino, dicen que será en vano pretender entrar en esa contemplacion, y hacer profesion de ella. *Oportet*, dicen, *ut prius sis Jacob luctans, quam Israel Deum videns, ac dicens: Vidi Deum facie ad faciem*: Primero es menester que seais luchador muy fuerte, y venzais vuestras pasiones y malas inclinaciones, si quereis llegar á aquella union íntima con Dios. Dice Blosio (2), que el que quiere llegar á un grado muy excelente del divino amor, y no procura con gran diligencia corregir y mortificar sus vicios, y desechar de sí el desordenado amor de las criaturas, es semejante al que estando cargado de plomo y de hierro, y teniendo atadas las manos y los piés,

(1) Gregor. lib. 7 Moral. capit. 27; Bernard. sermon. 46 super Cantic.; Isidor. libro 3, capit. 15; D. Thom. 2, 2, quæst. 182, art. 2; et Cajetan. ibid. Genes. xxxii.

(2) Blosius, in tabul. spir. addit. 1.

quiere subir á un árbol muy alto. Y así avisan á los maestros de espíritu, que antes que traten de esta contemplacion á los que enseñan, les han de hacer que traten primero de mortificar muy bien todas sus pasiones, y de adquirir los hábitos de las virtudes, de la paciencia, de la humildad, de la obediencia, y que se ejerciten mucho en esto; lo cual llaman ellos vida activa, que ha de ser primero que la contemplativa: porque, por falta de esto, muchos que no fueron por estos pasos, sino que se quisieron subir á la contemplacion sin orden, despues de muchos años de oracion se hallan muy vacíos de virtud, impacientes, airados y soberbios, que en tocándoles en algo de esto, luego vienen á reventar con impaciencia en palabras desordenadas, con que descubren bien su imperfeccion é inmortificacion; lo cual declaró muy bien nuestro Padre general Everardo Mercuriano en una carta que acerca de esto escribió por estas palabras:

«Muchos, mas con falta de discrecion, que con deseo de ir adelante, oyendo decir que hay otro ejercicio de oracion mas alto de amor de Dios, de unos actos anagógicos, de no sé qué silencio, se han querido subir al ejercicio de la via unitiva antes de tiempo, oyendo decir que es ejercicio mas heroico y mas perfecto, y que con él se vencen los vicios, y alcanzan las virtudes mas fácil y suavemente. Y porque se subieron á eso an-

tes de tiempo, han perdido en eso mucho tiempo y andado poca tierra; y al cabo de muchos años se hallan tan vivos en sus pasiones, tan enteros en sus aficiones, tan amigos de su regalo, como si ningún trato ni comunicacion tuvieran con Dios: tan enteros en su propia voluntad, tan difíciles en sujetar su propio juicio, cuando los superiores han querido disponer de ellos en lo que á ellos no les agradaba, ó no era segun su dictamen, como el dia primero. Y la causa de esto es, porque quisieron volar antes de tener alas, saltaron y erraron el camino, y no fueron por los pasos que habian de ir; no se fundaron primero en la mortificacion ni en el ejercicio de las virtudes; y así sin fundamento no pudieron edificar buen edificio: fabricaron sobre arena, y así faltan al mejor tiempo.»

Para que se vea cuán verdadera y cuán comun y general es esta doctrina, esto es lo que dicen comunmente los Santos, cuando ponen aquellas tres partes ó tres maneras de oracion, segun las tres vias que llaman purgativa, iluminativa y unitiva, que es doctrina sacada de san Dionisio Areopagita, y de él la tomó san Gregorio Nazianceno, y todos los demás que tratan de cosas espirituales: dicen, y convienen en esto, que antes de tratar de esta oracion tan alta y tan encumbrada, la cual corresponde á la via unitiva, habemos de tratar de lo que pertenece á la via

purgativa é iluminativa. Primero es menester ejercitarnos en el dolor y arrepentimiento de los pecados, y desarraigar de nosotros los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes, imitando á Cristo en quien resplandecen: porque si quisiésemos pasar adelante sin eso, seria ir sin fundamento, y así siempre quedaríamos mancos, como el que quiere pasar á la clase de mayores, sin haberse fundado bien en la de menores, y subir al escalon postrero, sin pasar por el primero.

CAPÍTULO VII.

De la oracion mental ordinaria.

Dejada aparte la oracion especialísima y extraordinaria, pues no podemos enseñar ni declarar lo que es ni de la manera que es, ni está en nuestra mano tenerla, ni nos la manda Dios tener, ni nos pedirá cuenta de eso; trataremos ahora de la oracion mental ordinaria y comun, que se puede en alguna manera enseñar y alcanzar con trabajos y consejos, ayudados de la gracia del Señor. Entre las demás mercedes y beneficios que nos ha hecho el Señor en la Compañía, ha sido este muy particular, que nos ha dado el modo de oracion que habemos de tener, aprobado por la Sede apostólica, en el libro de los Ejercicios espirituales de nuestro Padre san